

Fragmentos del Diario de José Pedro Díaz

Sábado 9 de agosto de 1947

Ayer, cuando salí del liceo me esperaba Mario [Arregui] y fuimos al Comité de Emergencia donde a su vez me esperaba Maneco. Hablamos de literatura rioplatense. Hablamos de Borges. Estuvimos de acuerdo en considerar la obra de Borges como un signo en cierto modo decisivo en la literatura sudamericana. Yo decía que su obra era el resultado del planteo bien realizado –por primera vez en la prosa de América– de la actitud del hombre frente a la cultura y a las letras en general, y añadía que el “borgismo”, más o menos evidente en la literatura joven de Argentina y Uruguay, revela que es el planteo que se necesitaba. Arregui –en el mismo círculo de ideas– postulaba: va a ser necesario hablar de literatura “antes” y “después” de Borges. Aquí se ensayaba en la apologética de nuestra generación: es decir, de la generación que “apunta”. Maneco no veía tan así los hechos, y yo los compartía con una variante importante. Les decía que creo que nuestra generación, por primera vez, lee y habla con lucidez de Homero, Poe y Faulkner: quiero decir, ve la cultura como fenómeno universal desde un ojo personal avisado y comprensivo, pero además ve su mundo. Naturalmente que, más o menos formulado, quedaba el otro hecho que siempre siento y que formulaba en el discurso de Duhamel diciendo: “nosotros vinimos al mundo sin abuelos”.¹⁶ Es decir, que el ver con claridad el problema puede hacer que no podamos resistir todo ese empuje: antes de nosotros se pudo hacer con más inconciencia; ahora, nosotros, no podemos. La conciencia es justamente lo que nos salva y nos obliga a más. A tanto nos obliga que acaso quedemos frustrados por ciertas virtudes. La ubicación que nos damos obliga a demasiado. Por ello vivimos, voluntaria y lúcidamente, una prueba de fuego. Pasarla, es decir, poder *hacer*,¹⁷ con todas esas condicionantes, es levantar muy alto las letras de América, pero atravesar ese conjunto de circunstancias es, a su vez, muy difícil. Por eso, luego de postular la importancia de nuestra generación, ya tanto me da definirla con signo positivo –como hace Arregui– o negativo –como hace Flores–, el hecho que me parece importante no es el signo, que podría ser mejor visto dentro de 50 años, sino la orientación, la calidad, el oficio, la idiosincrasia, que, en literatura, nada tiene que ver con el signo, es decir, con la ubicación relativa a otras cosas.

De todas maneras creo que a nuestra generación le espera el trabajo más arduo, porque es la más consciente hasta ahora. Luego se hablará de los precursores, y Rodó, Herrera y Reissig estarán entre ellos.

16. “Saludo a Duhamel.” Discurso en ocasión de la cena ofrecida al autor francés por escritores uruguayos el lunes 4 de agosto de 1947. Publicado en *Marcha*, n° 391, 8 de agosto de 1947.

17. Este subrayado, como todos los demás, pertenecen al original.

Miércoles 8 de octubre de 1947

[...] Pienso que este verano, entre otros trabajos, hay uno que debería hacer: pasar a máquina los tres cuadernos del Diario (1942-1947) y pasárselos a Mario para que le dé una leída. Podríamos ver así, con más claridad, qué es lo que corresponde tachar. Aunque acaso hasta lo muy tonto haya que conservarlo para que el Diario no pierda su sentido de *verdad*.

A propósito de lo anotado recién, advierto que si con tanta frecuencia exalto el trabajo de corrección, pulimento, concepción arquitectónica, etc., es que me es necesario *a mí*. Acaso mi temperamento tiende demasiado a la facilidad. Tanta mayor razón para que mi leyenda sea “*Hostinato rigore*”.

[...] Esta tarde fuimos a una conferencia de Clara Silva. No recuerdo el tema, pero se anunciaba que “expondría una estética y haría comentarios de sus poemas, crítica del libro ya publicado –autocrítica– y de poemas inéditos” (!). No fue ni divertida. Pero en cambio hubo una sorpresa agradable. Estaba Bergamín¹⁸ (con gesto de inevitable aburrimento). El otro día, en el teatro, antes que saliera a la sala, me dijo Laura Escalante que él estaba en la platea. Yo recordé eso. Nos habían presentado, además, en la librería.¹⁹ No me reconoció y me atreví a acercarme. Pero cuando estábamos en corrillo con Caputti²⁰ se me acercó Dieste²¹ –ese “introducido de embajadores” forzoso de todo español– y me dijo que Bergamín me quería conocer porque había escuchado la conferencia. Conversamos con él. Muy amable y con la relativa humildad de los hombres que están honradamente en su labor. Hablamos algo de barroco español, pero sobre todo recibimos su impresión. Minye²² estuvo muy natural y sincera. Él quería hablar más despacio con nosotros, dijo. Lo invitamos a venir a casa y quedó encantado al saber de La Galatea. Quedará un mes más entre nosotros, o mes y medio. Cuando nos despedimos me recordó que lo encontraríamos llamando por teléfono al Parque Hotel. Es muy delgado, flaco. Con el gesto un tanto desgarbado: nariz prominente, ojos serenos, sinceros, pero inteligentes. Entra con naturalidad a una conversación espontánea.

Ahora que lo imagino viniendo a casa, pienso: ¿qué podríamos ofrecerle que le importe? Creo que los poemas de Minye le importarán. A él tienen que importarle. De mis cosas nada podré mostrarle, nada que se pueda dar en poco tiempo, como no sea la conversación, en la que no soy muy yo según creo.

18. “En setiembre de 1947 Bergamín llega por primera vez a Montevideo para dar una conferencia sobre Cervantes en las salas del Ateneo, invitación obtenida a través de Eduardo Dieste”, (Grillo, 1995:18).

19. Posiblemente Librería de Salamanca, frecuentada por Bergamín.

20. Luis A. Caputti. Publicó en La Galatea en 1946 el poemario *Como si en flor divina me llagara*.

21. Eduardo Dieste, escritor y dramaturgo hispano-uruguayo, fue también cónsul en Gran Bretaña, Estados Unidos y Chile. Nació en Rocha pero cursó estudios en Santiago de Compostela, residiendo en España durante un largo período.

22. Apodo de Amanda Berenguer.



"¡Comenzó el viaje! En el muelle, agitando los pañuelos, todos: nuestros padres, los amigos más queridos. Imposible intentar desanudar todo lo que entonces sentí. Si intento precisar de nuevo, todo se me confunde vertiginosamente; veo a Mario alzando a José Martín, que mira con sus ojos asombrados al barco sobre el que estamos, veo a Ángel y a Ida roja de llanto, a mi padre, con el pelo blanco revuelto como una pura llamarada que el viento levanta, agita, veo a Amanda, que mira fijamente a Minye, que llora a mi lado, veo a Rimmel, inquieto, móvil, veo a Bergamín y a Teresa, veo el grupo que se aleja cubierto y turbio por mis propias lágrimas que contengo apenas."
(Diario: 10 de febrero de 1950.)

Comienza el viaje a Europa. Despedida del Andrea C en el puerto de Montevideo. Pueden distinguirse entre los familiares a Mario Arregui y Gladys Castelvechi, Carlos Maggi, Manuel Flores Mora, las hermanas Zulema y María Inés Silva Vila, Ida Vitale y Ángel Rama. Atrás, algo borroso, José Bergamín.





Uruguayos en París, 1950. De izquierda a derecha: Antonio "Taco" Larreta, Amanda Berenguer, Leandro Castellanos Balparda, José Pedro Díaz, Laura Escalante y Julio Suárez ("Peloduro").



Leandro Castellanos Balparda, Carlos Gurméndez y José Pedro Díaz ante la ciudad amurallada de Carcasona (Francia).



Café Saint Michel. Amanda lee, Fernando Pereda (derecha) mira al fotógrafo.



Febrero 1951. Amanda y otros con la Concorde al fondo.





En Sierra Nevada (España) junto a Castellanos Balparda.

En el monte de Santa Tecla (Galicia, frontera con Portugal) junto a Castellanos Balparda, Augusto Torres y señora.



En París: José Pedro junto al poeta Fernando Pereda, la fotógrafa Isabel Gibert (izquierda), la pintora Amalia Nieto y la directora teatral Laura Escalante (derecha).



"Desde París ¡qué claramente se aparece la fisonomía de nuestro Montevideo! ¡Qué limpidez, qué pureza joven e ingenua! Imagino que para un francés el espectáculo de nuestro clima debe ser equiparable al de Grecia. Lo que yo leí sobre Grecia fue escrito en Francia o Alemania. Desde aquí, yo creo que lo mismo se diría de Montevideo." (Diario: 15 de marzo de 1950, a la semana de haber llegado a París.)



Me regocija mucho la idea de que pueda conocer la poesía de Minye y le importe de verdad. Si eso pudiera hacerle algún bien a ella en cuanto a posibilidades de publicación... No me atrevo a imaginar en ese camino. Quiero pensar, tan solo, en una tarde amena.

Domingo 19 de octubre de 1947

[...] Releyendo páginas de este cuaderno, a propósito de ciertos conceptos sobre clasicismo necesario, advierto la posibilidad de tener en cuenta otros hechos. Yo observaba, en esas páginas, que acaso podría hablarse —aquí, entre nosotros— de un desconcierto creador que venía de la carencia de la tradición. Sin embargo, ya tenemos, en América, tradición. Ya tenemos pasado nuestro, con sentido propio. Tenemos poetas y novelistas y cuentistas, etc. Y ese hecho, sin embargo, no invalida la observación anterior: carecemos de tradición. ¿Por qué? Creo que ello se puede deber a algo así como la falta de cultura ambiente. Nuestra cultura es, en lo fundamental, universitaria, y aunque es bueno y sano que los programas universitarios dirijan al estudiante a Dante, a Homero, a Shakespeare, etc., no es menos cierto que a partir de ellos, inmediatamente, no se puede elaborar una cultura inmediata. Falta el conocimiento y la frecuentación de lo que nos puede enlazar de manera más viva con los grandes universales. Creo difícil el entronque inmediato con los más grandes maestros. Para llegar a ellos se necesita una elaboración paulatina y pasos intermedios. Otros países, otras culturas pueden llegar, nosotros solo con dificultad. Ellos tienen a los grandes en su propia lengua, tienen imitadores de obras secundarias que van haciendo ver el camino para las más grandes experiencias. Nosotros no. Además nosotros padecemos una curiosa situación histórica. La revelación del camino propio se realiza en América, en varios sentidos, durante el siglo XIX (gauchesca, Martí, Montalvo, Sarmiento, modernismo), pero apenas logrado el atisbo de ese camino, recibimos un fuerte influjo europeo de renovación: los comienzos del siglo XX fueron para los países que más actuaron sobre nosotros, España y Francia, de convulsión, crítica, búsqueda. Ese gran terremoto de comienzo de siglo no rompió la continuidad de aquellas grandes culturas. Hubo grandes ejemplos que permanecieron indemnes al sacudón (Gide, Valéry, Martin du Gard, etc., etc.) pero lo más visible fue el terremoto. Éste enseñó a desdeñar el pasado, a iniciar caminos, a poner en crisis todo. Era necesario renovar algo que se endurecía. Allá eso hizo bien, porque el peso y la grandeza de la tradición eran tales que no quedarían seriamente afectados, sino más bien enriquecidos. Aquí hizo mal. Se aprendió a desdeñar lo que apenas teníamos y más necesitábamos: la continuidad de la cultura en elaboración. Se quiso empezar de nuevo pero —con frase de Martí— con manjares recalentados. Los “ismos”, tan fecundos en Europa, fueron aquí de acción negativa y destruyeron mucho de los mejores esfuerzos de una generación (*La Pluma, La Cruz del Sur*). Crearon una mala disposición de receptividad para los que siguieron el tercer camino (*Sombras sobre la tierra*, desdeñada en un concurso: hostilidad u olvido de los jóvenes frente a Sabat y a Oribe).

Esa influencia de los ismos promovió, también, un estado de espíritu frecuente: la exaltación de la inconciencia artística, y la promovió justamente cuando esa actitud ya había sido superada aquí con el ejemplo excelso de Julio Herrera y Reissig. (Y en otro aspecto: Rodó.)

Noviembre 3 de 1947

Ayer pasamos con Bergamín desde las tres de la tarde –hora en que le fui a buscar al hotel– hasta las 3 y media de la mañana, hora en que lo volvimos a dejar en la puerta del mismo.

El rostro de Bergamín es cambiante. Y me parece que ese cambio tiene que ver con su espíritu ¿o será mi manía de querer ver el alma por el rostro? De pronto, serio, atento o pensativo, con su figura alargada y delgadísima, tiene algo de ascético y torero. Se le siente entroncado actualísimamente con la tradición senequista. Al través de esa máscara de su rostro, se adivina la calavera que le imprime los movimientos decisivos. Yo lo siento entonces de manera tan adusta que no sé en qué plano ponerme para tener derecho a responderle, a hablarle. Me siento muy liviano y como inconsistente cuando lo veo así.

Pero también de pronto desaparece la máscara, la calavera deja de imponérselo, deja en libertad las líneas de su rostro que se hacen danzarinas y festivas. Se acumulan las pequeñas arrugas en torno a su nariz –que solo entonces se advierte– simpática y gozosa, la boca se achica y se le siente con un viboreo de niño vivo. Incluso todo su cuerpo parece insinuar –sin salir del sillón en que estaba sentado– una voltereta. Su alegría es entonces necesarísima. La necesaria corroboración del otro rostro. Yo creo que su alma es igual.

La obra que me leyó –*Melusina y el espejo. Una mujer con tres almas* (tiene otros dos títulos)– tiene todo eso. Es un juego escénico muy movido y ágil, de colorido: en un verso muy teatral (como él quiere) y reverberante, tiene un trasfondo de angustia –la angustia que deja la alegría falaz del muñeco– que me parece condicionarse con lo que su rostro refleja: con sus dos máscaras.

Hablamos de las ediciones de La Galatea, para la que nos dio un libro de aforismos (*El empedrado del Infierno*).

Hablamos también ayer con él de la posibilidad de trasladar la editorial Séneca²³ a Montevideo: todo sería cuestión de totalizar un capital de \$ 50.000. Pensé en hablarle a Guillot²⁴ para interesar al presidente [Batlle Berres]. Y me cité ya para ello con él. Luego veremos al mismo Bergamín en la conferencia de Alberti.

Pienso que sería hacerle realmente un favor grande, si no a nuestra cultura, conseguir semejante cosa.

23. Editorial Séneca, de México.

24. Gervasio Guillot Muñoz.

Enero 4 de 1948

Ayer, a última hora de la tarde, visita a Ángel [Rama]. Había ido a llevarle las pruebas del artículo sobre *Hamlet*.²⁵ (Que tampoco me gusta ya.) Lo encontré y conversamos. Me leyó el diario: un diario que comenzó siendo como el mío, un cuaderno de notas.

Me leyó pasajes que se refieren a Bergamín. Varias páginas me parecieron admirables. Me imaginé leyéndolas como una publicación anónima con sumo interés. Sentí, además, que el diario nos permitía a los dos, en ese momento, ser más nosotros mismos: que gracias a él encontraba el mejor Rama, sin la leve cuota de nervios, que a veces lo aleja un poco. Sentí, también, que tendría que aprender de él, como me dije varias veces que tendría que aprender de Minye –y creo que no lo anoté–, en cuanto a obligarme a una sinceridad mayor. Escribir de prisa no es sinceridad, sino ubicación en otro plano de mí mismo.

Es esto algo que tiene que ver aun con algunas de las conversaciones anotadas por Ángel a propósito de Bergamín. Intentaré aclararlo.

Una de las últimas anotaciones de Ángel intenta algo como un balance de la visita de don José. Este balance contiene elementos que no comparto. Entre lo que más preocupó a Ángel está la sensación de sentirse provinciano: recuerda que B. le dijo que observaba que nuestra cultura está en un atraso de 25 años. Eso yo no lo entendí; justamente algo de lo que había satisfecho mi pobre vanidad criolla fue el haber podido conversar en un cierto plano de libertad con Bergamín. Algo similar sé que sintió Maneco. Ángel sintió lo contrario, y no me lo explico bien.

Cuando recuerdo algunas de las piezas de Bergamín, como *Hamlet* o *Don Juan*, o algunas otras, no siento que estén por delante de mí, sino que están atrás. Claro está que acaso en cuanto a cultura se refiere no se adelanta por esfuerzo ajeno, y como eso no lo hicimos aquí... Pero de todas maneras yo sentía (hay algo anotado sobre eso en este cuaderno) que estamos en una disposición más clásica frente a la literatura. Y más honda.

Y a esto se refiere justamente otra de las puntas del balance de Rama. Piensa que Bergamín nos podría influir beneficiosamente por su actividad de devoción romántica. Este otro punto me importa mucho más porque yo lo fui sintiendo ya desde hace algún tiempo. Ya varias veces, mientras escribía en este cuaderno la palabra *clásico*, pensé si no la estaría pensando mal.

Desde mi primera explosión de desorden juvenil, y como para vencerlo, se había ido centrando en mí la necesidad de estimar la forma como algo medular. Eso fue manifestándose en parte en la poesía que hice luego de *Canto pleno* y que no llegué a publicar. Los estudios del profesorado acaso tuvieron que ver con esa devoción. Pero luego de esa tendencia a estimar lo realizado casi como con independencia de quien realiza, fui manejando para mi pensamiento y mis anotaciones la palabra clásico que, aunque no renegaba, naturalmente, de las nociones de orden y equilibrio, las daba por referidas a lo que se había de expresar y esto era el hombre. Se iba desarrollando en mí la noción del crecimiento silencioso

25. "Anotaciones sobre *Hamlet*", será publicado en *Clinamen*, año 2, nº 4, 1948.

—que este diario en parte ayudaría—. Empecé a creer —sigo creyéndolo todavía— que la obra solo era posible si se apoyaba en un hombre, más: si lo manifestaba. Y que mucha parte de la obra podría aun concluirse como una ocasión de ejercitarse. No importaría tanto en sí como en sus posibilidades de aumentar el caudal de la experiencia del hombre. No se me oculta que esto es confuso, pero con confusión lo pienso. No sabría precisar de qué manera podría irse cumpliendo un ser en la realización ocasional de algunos ejercicios literarios. Sin embargo no es para mí —aún— casi un postulado.

Y bien, la vuelta al romanticismo que Bergamín intenta apostar no es para mí tan sorprendente, pues estaba en buena parte ya sentido, aunque fuera dentro de la palabra *clásico*.

Sin embargo me hace mucho bien, porque una de las consecuencias de mi deseo de equilibrio era la tendencia al realismo, que acaso me constreñía demasiado. Otorgar vigencia a la fantasía me empezaba a ser necesario.

No creo que estas páginas tengan más utilidad que la de haberme permitido mirarme un poco en algo que me importa mucho. Son, todavía, demasiado fríamente expositivas. A no ser así debería aprender de Minye.

12 marzo. Sábado (1949)



Releídas las páginas pasadas, lo que escribí a propósito de “Presente perdido” me parece apenas un muerto esquema de una impresión muy viva. Durante casi toda nuestra estadía en Playa Verde, pensaba —mientras leía Proust, que me hizo escribir, ahora lo advierto, la última página—, pensaba, digo, en la posibilidad de revisar “Presente perdido” tratando de novelarlo. (En última instancia obedeciendo al consejo que me daba Bergamín.) Es decir, tratar de que, además del puro procedimiento, esté allí la experiencia que se quiera transmitir lógicamente. Aquello es acaso un monstruo con solo cabeza.

Una de las maneras posibles es, acaso, la página sobre el mar, pero otras se presentan ante mí buscando vías que me dan la impalpable firmeza del sueño existente que soy —que el hombre es.

Pienso en Marina di Camerotta: Cuando Carminiello me ofreció ir a buscarme a Nápoles si yo iba a Italia, tal idea tomó cuerpo en mí, y se hizo profundo sentimiento, porque aludía al ondulante camino que mi memoria realiza viniendo desde mi infancia cargada de las palabras de mi tío abuelo: de manera que ir a Marina di Camerotta y dormir en una casa de piedra, de unos pescadores que se llaman acaso D’Onofrio, o Muro, es una manera de realización de mi ser ya esbozado, y así yo me realizaría en el camino o en la dirección que ese camino de la memoria ya señala. Sin embargo, estoy seguro de que ese viaje mío sería una desilusión, un dolor y una ausencia: la ausencia de la memoria buscada. Todo ya estaría, mientras durara el viaje hasta el Mediterráneo, y aun hasta Nápoles, en la suma tensión y a la vez en el absoluto desapego que significaría el ir hacia el fin de la propia vida, como si de pronto, por ese viaje, mi vida tuviera, ya, una finalidad concreta, visible, y a ella por lo tanto me entregara: y sin embargo, una comezón

me iría agitando y me haría imposible una tan total entrega, porque algo me advertiría, sin duda, en lo más hondo e irracional del alma, que el futuro no se puede asir en el presente, sino que hay que dejarlo llegar hasta el pasado, y, una vez allí, dejar que se nos entregue con la inevitable nostalgia –¡otra vez!– de lo perdido.

Por eso, cuando yo llegara a Marina di Camerotta, y viera desde lo alto el camino polvoriento y el manto de ceniza con que los olivos ciñen las pocas casas, cuando viera la casa de piedra de dos plantas y la vid que, crecida a su puerta, ofrece el fruto en la azotea, cuando viera el mar, desde lo alto, transparente hasta muchas brazas de profundidad, sentiría toda aquella luminosa presencia como cerrándose a mi alma por los sentidos, que me la separarían y me la harían más distante y no más presente, como ocurre a los présbitas, a quienes inútilmente se les acercara a los ojos una piedra preciosa para que vieran su lumbre, ya que solo pueden gozar su verdadera luz si se les aparece lejana, allá en el extremo del brazo extendido, y al borde de tener que dejarla caer. Solo que a mí me bastaría con dejarme vivir sin saberlo, entregado al enceguecimiento de la luz presente, y esperar. Y así, después, podría tenerla para mí, al caserío y al mar, pero no más cercanos, sino más hondos, ya que en las oscuras y lejanas formas de la memoria me quedaría estratificada otra manera de transparencias, coincidentes con aquellas que hace tanto tiempo empezaron a grabarse en mí.

Pero si la presencia de Marina di Camerotta sería sin duda muy desagradable para mí, sería al menos un dolor, el dolor de la ruptura entre la memoria y el presente, que al fin y al cabo es susceptible de dejar también su estrato en la memoria de su pasado y valioso hasta hacernos, hasta llegar a ser nosotros mismos también. Pero hay algo posiblemente más doloroso, porque es además destructor, y en vez de irnos dando materia para vivirla, puede irnosla quitando. Así sentí yo, algunas veces, yendo por las carreteras. Algunos momentos de placer sentí cuando tomaba la realidad desde tal ángulo que se me profundizaba hacia atrás, hacia el pasado. Tal acontecía, por ejemplo, cuando habiendo hecho alguna vez mi camino en ese sentido, volvía otra vez a recorrerlo, pero en sentido contrario, de manera que nada de lo que yo veía era lo que había visto y era sin embargo lo mismo, de manera que al mirar todo quedaba iluminado con luz de memoria, y cada nueva visión del paisaje que el camino me proporcionaba esfumaba inmediatamente sus contornos por la violencia que sobre ella ejercía otra visión algo desplazada o diferente. Ello me hacía entrar en una particular excitación. Pero cosa muy diferente ocurría si tenía yo que recorrer muchas veces un mismo camino, y cada vez que lo recorría. Porque al repetir, así, idénticas figuras que se sobreponían me acercaban infinitamente al pasado hasta el punto de que, al fin, el pasado se actualizaba totalmente, quedaba permanentemente oculto por la violencia con que el presente se imponía; era, el presente, cada vez más absoluto y verdadero, y me impedía así, por ello, sentir ya la caudalosa onda que yo sabía que fluctuaba detrás. Cierto que eso era solo durante el viaje, y no después, cuando el presente no podía ya superponerse a la ruta, porque era un presente de ciudad, de modo que el paisaje, allá en la memoria, lucía a pleno sol.



-
- BRANDO, Óscar, *La generación del 45. Una mirada desde la literatura*, Montevideo: Edit. Técnica, 2006.
- DÍAZ, José Pedro, *La búsqueda del orden y el impulso a la aventura en la narrativa de André Gide*. Montevideo: Facultad de Humanidades, 1958.
- “¿De dónde los sacó? Escribir es confesarse”, en *Marcha*, Montevideo, febrero de 1965.
- “Indagación en una literatura”, en *Escritura* n° 2. Montevideo: noviembre de 1947.
- GRILLO, Rosa María, *José Bergamín en Uruguay. Una docencia heterodoxa*. Montevideo: Cal y Canto, 1995. Traducción de Catalina Sánchez Serrano. Primera edición en italiano, Salerno: Edisud, 1990.
- MAGGI, Carlos, “Nueva literatura uruguaya”, en *Escritura* n° 1, Montevideo: octubre de 1947.
- PICARD, Hans Rudolf, *El diario como género entre lo íntimo y lo público*, en www.cervantesvirtual.com
- RAMA, Ángel, “Testimonio, confesión y enjuiciamiento de 20 años de historia literaria y de nueva literatura uruguaya”, en *Marcha*. Montevideo: 3 de julio de 1959.
- ROCCA, Pablo, “Con José Pedro Díaz. Memoria de los años dorados”, en *El País Cultural* n° 264. Montevideo: 25 de noviembre de 1994.
- *35 años en Marcha. (Crítica y literatura en Marcha y en el Uruguay. 1939-1974)*. Montevideo: División Cultura de la IMM, 1992.